

Interdisciplina, hibridación y diferencia. Algunos rubros de su discusión actual en América Latina

ROBERTO FOLLARI *

RESUMEN. La interdisciplina no es pensable, dentro de la época, como una remisión a la totalidad, si bien ésta sigue siendo necesaria para el análisis social. Acorde a tiempos de reivindicación de la diferencia, cabe pensarla en términos de mantenimiento de cierta fortaleza disciplinaria, y en clave de una posterior hibridación de las disciplinas diferenciadas. No cabe, por ello mismo, la idea simplista de “interdisciplina producida por un solo sujeto” —propia, por ejemplo, de los estudios culturales—; y es criticable la unidireccionalidad de la interdisciplina de talante tecnocrático-empresarial (Gibbons). Se defiende como más interesante, sin embargo, el trabajo que pueda hacerse desde una disciplina sobre otra u otras (por ejemplo, una psicología de la ciencia política).

PALABRAS CLAVE: *Interdisciplinariedad, hibridación, totalidad, diferencia.*

ABSTRACT. Currently, interdisciplinarity is not thinkable as a reference to totality, although it remains necessary for social analysis. In accordance to the claim of difference, we have to think totality in terms of disciplinary fortress and as a key for a subsequent hybridization according to those disciplines which claims for difference. For that very reason, there's no pertinence today in the idea of “interdisciplinary produced by a single subject” —very common among the Cultural Studies—, as well as the unidirectionality of technocratic-entrepreneurial interdisciplinary (Gibbons). We advocated in this essay that is highly more interesting those work that combine disciplines, or raise itself from the characteristics of the other (for example, the Psychology of Political Science and so on).

KEYWORDS: *Interdisciplinarity, hybridation, totality, difference.*

RECIBIDO: 07 de octubre de 2013, **ACEPTADO:** 20 de noviembre de 2013.

En los años setenta, a veces se pensó la interdisciplina como recuperación de la totalidad de lo real, o al menos de la totalidad del conocimiento respectivo; cuando se refería a la dialéctica como la supuesta base epistémica de la interdisciplina, se pretendía que lo interdisciplinar remitiera a

* Profesor titular de epistemología de las ciencias sociales, facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza, Rep. Argentina), <rfollari@gmail.com>.

la categoría de “totalidad” que tan claramente estipulara Georgy Lukács (Lukács, 1970).

Es verdad que no pocos equívocos se escondían en esta pretensión, en la medida en que la dialéctica no está pensada —al menos en la versión de Marx— como la estructura o la *forma* de lo real en general, sino solamente de lo real/social. De tal manera, la relación entre cualquier objeto de las ciencias físico-naturales con otro de las mismas ciencias estaría muy lejos de tener algún significado en términos de dialéctica, y menos aún de los efectos políticos que en ella se juegan (Follari, 1982).

También es cierto que han existido autores —incluso latinoamericanos— que han pensado la dialéctica en términos de diversos niveles de complejidad de lo real que podrían incluir, como materialidades de diferente orden, también los objetos de lo físico y lo biológico en general (Leff, 1994); aun en esos casos, entendemos que la categoría de “totalidad” les es ajena, en la medida en que ella surge del historicismo lukácsiano que —en el momento de su formulación inicial— era definitivamente refractario a una dialéctica de la naturaleza.

En todo caso, la confluencia entre disciplinas se pensaba a menudo como recuperación de una complejidad previa establecida en el campo de lo real. Lo interdisciplinar devolvía, entonces, aquello que las especialidades habían liquidado: una noción relativamente unitaria de la realidad, una versión general de ésta que las especialidades se habían encargado previamente de fragmentar hasta el punto de desvanecer la posibilidad de la misma.

Con el advenimiento de los tiempos que muchos autores denominaron *posmodernos*, la noción de “unidad de lo real” se volvió sospechosa. No trataremos aquí la compleja cuestión de qué tanto eso llamado *posmoderno* es deudor de lo moderno, entenderemos más bien una especie de “sobremodernidad”, nunca una “antimodernidad”: lo hemos tratado en un espacio específico (Follari, 1990, I). Lo importante es que lo posmoderno no se sostiene como *continuidad homogénea* de la modernidad y que, por tanto, propone modos de entendimiento de la realidad que entran en ruptura con lo que se sostuvo en aquella época, surgida del final del mundo feudal y del comienzo de la hegemonía burguesa.

Es por esto que la dialéctica pasó a ser mal vista en muchos de los prosencios de la academia (e incluso de la política), y la diferencia y la pluralidad fueron considerablemente privilegiadas por sobre cualquier

noción totalizante de la realidad y del saber, como la sostenida en la época moderna. De tal modo, lo interdisciplinar comenzó a pensarse como paleta de heterogeneidades, mucho más que como convergencia intrínseca hacia alguna unidad o precipitación armónica de sentido.

Esto implica un cambio fuerte de perspectiva: a diferencia de lo sostenido, por ejemplo, en el modelo curricular de la UAM-Xochimilco de México, donde se busca “integrar” en un solo movimiento, investigación, docencia y servicio. Se trataría de empezar por diferenciar, pluralizar, sostener las heterogeneidades, tanto entre contenidos intra e interdisciplinares, como en cuanto a actividades diferenciales que se realizan en una institución académica.

Lo interdisciplinar, entonces, pasó a pensarse en una época de otras maneras: si bien una de ellas remite al concepto de “sistema” (y desde allí a una singular forma de superación de la separación sujeto/objeto propia de la modernidad) (García, 2006; Najmanovich, 2005), desde otras palestras se pensó en términos de dispersión, de diseminación, de alguna de las configuraciones de ruptura de la continuidad del sentido que comenzaban a escucharse, a partir del posestructuralismo primero, y luego con los autores posmodernistas (Follari, 1990, I).

QUÉ ES INTERDISCIPLINA AHORA

La interdisciplina dejó, entonces, de ser promesa de recuperación de totalidades. No está en el espíritu de la época captar la realidad como un todo integrado, y la ambición de un conocimiento que dé cuenta de la complejidad de lo real en un solo movimiento cognitivo ha ido abandonándose como rémora de épocas hoy ya lejanas.¹

¿Qué lugar, entonces, puede alcanzar lo interdisciplinar dentro de las nuevas configuraciones de significación propias de la época?

Sin duda, uno nada menor es el relativo a la cuestión de sostener y articular *la diferencia*. El tema de la diferencia fue decisivo en la última etapa del siglo XX, de Foucault a Derrida y de Vattimo a Rorty. Finalizar con visiones homogeneizantes que no daban lugar al detalle y a la disimilitud fue una de las disposiciones centrales que se propuso la obra de

¹ Esta crítica posmoderna la compartimos sólo en cuanto a un pensamiento “totalizante” que pretendiera reducir diferenciaciones; asumimos la idea de que “totalidad social” es categoría plenamente necesaria y pertinente para pensar *la especificidad de lo sociopolítico como objeto*.

los autores que querían enterrar el pensamiento holístico, en la medida en que lo percibían como atentatorio contra la percepción de aquello que se escapara a la noción dominante que se instala en cualquier lectura de totalidades.

Por tanto, es obvio que no se trata de conjuntar para tener una lectura unitaria de la realidad, ni para hacer desaparecer los matices diferenciales que aparecían en las teorías o disciplinas previamente convocadas. El acercamiento de discursividades distintas no tendería a una *síntesis superadora*, tal cual se pensaba en la dialéctica surgida del siglo XIX, sino más bien se asentaría en la asunción de que la mezcla no implica homogeneidad o liquidación de la diferencia de aquello que allí fue traído a cuento.

La interdisciplina, entonces, permitirá reconocer que la heterogeneidad interna a cualquier discurso por sí (es decir, la *diáspora* de significación a la que largamente se dedicó la teoría de Derrida [1978]), se hará más rica y patente en la medida en que se ligue a alguna discursividad exterior, en la cual encontrará una heterogeneidad quizás más marcada, al menos en el contraste con la propia.

No estaríamos pensando la interdisciplina, entonces, como adición o combinación simple, ésa que potencia lo preexistente hacia una especie de condición superior que aboliera de alguna manera las especificidades disciplinares previas. Ahora habrá que pensarla como campo caleidoscópico, como espacio de pluralización de puntos de vista, como apelación a la diferenciación casi infinita de los ángulos de mirada que pueda guardarse respecto de la realidad.

Ello implicaría, en el plano metodológico, una remisión inicial a lo disciplinario que “separe” inicialmente los objetos articulables, para que luego su acercamiento mutuo no deje de ser pensado como una *constelación de diferencias*, antes que como una integración que pudiese asumirse como relativamente “naturalizada”. Partir desde el momento analítico sería una forma de evitar cierta tendencia a la homogeneización que inadvertidamente pueda darse en el momento sintético de una investigación.

Hace algunos años, cierta versión latinoamericanizada del pensamiento posmodernista se asentó en la noción —que por entonces se hizo muy exitosa— de *hibridez* (García, 1990). Desde los “estudios culturales” se quería dar cuenta de identidades mezcladas, como aquellas que se dan en

las fronteras internacionales, pensadas singularmente para el caso de la frontera *intensa* que se da entre México y Estados Unidos.

Lo híbrido había sido pensado previamente por autores poscoloniales, en relación con las condiciones en las cuales se da la constitución de identidad en países hegemonizados por una cultura externa, tal cual lo fueron muchos países coloniales africanos y asiáticos hasta pasada la mitad del siglo XX.

Los escritores poscoloniales advertían que la cultura del nativo en estos países no se daba en términos de *pureza originaria*, sino en mezcla con la cultura dominante del país ocupante, la cual hace argamasa con la de la cultura de la familia y del país de origen. De tal manera, el nativo conlleva el rechazo de esa cultura dominante con parte de la mirada proveniente de tal cultura, en una mezcla inevitable que, para los poscoloniales, tenía cierta potencialidad política disruptiva (contra una mirada purista respecto de la cultura del propio país, como contra la aceptación lisa y llana de la cultura del ocupante extranjero).

Esta situación *sincrética* es recogida por los estudios culturales latinoamericanos, pero en éstos se pierde la dimensión política que inicialmente acompañaba al concepto,² para aludir más directamente a una mezcla de contenidos y pautas culturales provenientes de países diferentes, sin referencias importantes a la cuestión de la dominación.

Lo cierto es que la frontera mexicana-estadounidense sirve como metáfora viva y ejemplo patente de la mezcla posmoderna; allí se realizaría esa combinación que va desde lo lingüístico hasta los modos de vestir, pasando por los productos que se consumen y aprecian. Ése sería un ejemplo entre otros muchos: uno que resulta particularmente ilustrativo es el de las comunidades indígenas, a las cuales se entiende, como siempre, ya mezcladas con la cultura occidental, quitando de ellas cualquier rasgo de *pureza* con que se quisiera entenderlas.

Desde aquí podemos metaforizar cuál es el caso para la mezcla interdisciplinaria. No se trata de una noción de necesidad previa, de que dos o más disciplinas vengan a coincidir porque epistemológicamente existe alguna afinidad que exija tal convergencia; tampoco que la confluencia haga a dos teorías o dos disciplinas —o un número mayor de ellas— en su totalidad, o en la mayor parte de las mismas. Estaríamos pensando en

² Esa versión inicial se da, por ejemplo, en Said o Bhabha; y la politicidad desaparece en los trabajos de García Canclini y algunos de sus seguidores.

modos altamente contingentes de acercamiento, que no dependerían sino de la circunstancia temática del caso, que serían siempre provisorios y parciales, que no implicarían otra cosa que una momentánea concurrencia en pro de alguna resolución (ya sea teórica o empírica) de un problema científico.

Por cierto que en este caso podríamos homologar la “pureza cultural” con la que pudiéramos asignar a las propias disciplinas científicas. Así como no puede ya creerse en culturas que sean originarias, que no hayan pasado siempre por la mezcla con otras y por cierta necesaria *contaminación*, cabría suponer que las disciplinas jamás son tan puras como hemos solido imaginarlas.

Verdad es que las disciplinas fueron recortándose del tronco común del viejo conocimiento filosófico, tal cual hemos recordado en algún otro trabajo (Follari, 1982), y que fue un importante logro ir estableciendo esa especificación contra la generalización excesiva en que habitaba el edificio del añejo saber filosófico. Esa especificidad no podría, entendemos, ser simplemente *anulada* hacia una especie posterior de conocimiento genérico y predisciplinario.

Pero las disciplinas diferentes son una especie de *género en común*, es decir, están constituidas a partir de la ruptura con un saber previo que habitaron en conjunto —antes de configurarse— y tienen ciertas características de diferenciación de objeto, de coherencia de método y de validación empírica (excepto en ciencias formales como la lógica y las matemáticas) que se dan en todos los casos, si bien en cada uno acorde a la singularidad temática correspondiente.

Es desde este lugar que las disciplinas pueden ser caracterizadas por tener en común el hecho de serlas, y de haberse recortado ante las disciplinas previamente establecidas, y también de las que aparecieron después. Desde este punto de vista hay cierta condición común que saca a las disciplinas del estado de *singularidad originaria* en que quizá pudiera pensárselas, para que se las advierta como parte de un saber que, en los términos del primer Habermas, está configurado desde un *interés* que es común para todas (1982).

Establecida, entonces, esta condición común que prepara el terreno para ciertos modos de confluencia y de relación entre disciplinas, también puede insistirse en que tal confluencia en tiempos posmodernos es pensable en términos ya no de exigencia epistémica, sino más bien de

acercamiento táctico, de convergencia contingencial, de coincidencia circunstanciada.

Desde este punto de vista es que las disciplinas podrán *hibridizarse* al entrar en relación con las demás; reconstituir su identidad de una nueva manera a partir de su contacto conceptual con otras, sin que ello implique una desaparición de su constitución inicial, sino jugando a esta doble identidad en acto: la de aquel insumo primero que sigue existiendo en sí mismo, pero también de la transformación que el mismo sufre en el proceso de su aplicación y relación con otros insumos que provienen de diversos acervos disciplinarios y conceptuales.

La metáfora de la *hibridez*, entonces, opera contra la idea de *disolución* completa de lo disciplinar en la tarea interdisciplinaria, tanto como contra la noción de que lo interdisciplinar pudiera mantener *incólumes* a los contenidos disciplinares en el momento de su reconfiguración combinatoria. Se trata de una nueva composición donde el dibujo de las configuraciones previas ya no existe en estado puro, pero donde tal dibujo es condición ineludible del resultado a que se ha llegado.

¿INTERDISCIPLINA DE BAJA INTENSIDAD?

Pensemos, a partir de aquí, en diferentes ejemplos de actividad interdisciplinar. Hay una que opera por aquello que de común tienen entre sí disciplinas diversas, a partir precisamente de la difusividad de sus límites, o de la falta de singularidad disciplinar de la obra de un autor determinado.

Pensemos, por ejemplo, en los escritos de Michel Foucault. Sin duda sus textos son en buena medida inclasificables; o puede afirmarse que dicen algo que es pertinente a muchas disciplinas a la vez. Se trata de obra filosófica, pero también sin duda es histórica. Se trata de teoría política, pero algo dice también a una antropología del presente. Es muchas cosas a la vez, sin ser, ciertamente, ninguna de ellas a plenitud.

Este tipo de escritura, que no se ha establecido en cánones disciplinares, podría permitir a alguien imaginar que basta con instalarse en ella para estar realizando una actividad interdisciplinaria. Se estaría suponiendo que lo que no es propio de una disciplina singular lo sería seguramente de varias, y por ello se constituye automáticamente en interdisciplinario, mostrando además que podría ser falsa la idea —que personalmente he

sostenido— de que lo interdisciplinario solamente puede ser construido como actividad colectiva de grupo.

No cabe duda que la erudición y riqueza de una obra como la de Foucault es extraordinaria, y que tal riqueza no se mide por su acercamiento o no a los cánones clásicos de diferenciación disciplinaria. Pero, en el mismo sentido, nadie debiera creer que el valor de una obra se mide por su capacidad para romper cánones disciplinarios y menos aún creer que se hace interdisciplina con recorrer caminos difusos que no se especificaron previamente como disciplinares.

Lo interdisciplinario debiera siempre sostenerse sobre el reconocimiento de la diferencia disciplinar. Cuando ésta, por alguna razón que puede ser perfectamente atendible, no se ha configurado, tampoco podría darse por aceptable la idea de un “inter” establecido entre unidades que antes no se han establecido como diversificadas entre sí. Esto mismo lo hemos desarrollado en torno a lo sucedido con los *cultural studies* en su versión latinoamericana (Follari, 2002). Que un discurso sea de tenue definición, que se reconozca híbrido *a priori* de cualquier instalación disciplinar, dice del mismo que es de un objeto muy amplio o muy difuso, no que implique algún tipo efectivo de mezcla con otros discursos que lo permeen y modifiquen.

De tal manera, la autocomplacencia de algunas posiciones que se proponen como mezcla, pero no se han mezclado efectivamente con otros discursos disciplinares, parece poco pertinente. Sólo se puede ser híbrido si se asume seriamente la posibilidad del riesgo de ponerse en contacto con otros espacios de desarrollo científico. Nadie *nace* ya híbrido, como para pretender que puede obviar el procedimiento de ponerse en relación con otros para automodificarse y encontrar puntos de fuga y de distancia mutua.

Rechazamos, por ello, la idea de discursos que nacieron supuestamente interdisciplinares, sin haberse sometido a procesos de interdisciplinización. Esto es lo que, en nuestro subtítulo, podemos ironizar como *interdisciplina de baja intensidad* y, sobre todo, de bajo costo. Sin asumir el trabajo de la interconexión, se la da por hecha de antemano. La muy difundida obra de García Canclini, a partir de su giro hacia los *cultural studies*, con su libro *Culturas híbridas*, es claro ejemplo de la crítica que hemos expuesto en su momento (1990).

Por ello, a su vez, para obras como la de Foucault, preferimos el concepto de *transdisciplinar*, es decir, de capacidad para participar de varias disciplinas a la vez, pero no de mezclar a las disciplinas entre sí. Que admitamos hoy la interdisciplina como fugaz y no sustancial no significa que podamos dejar de lado algún criterio específico para definirla, y así diferenciarla de otros modos de discurso que no sean disciplinarios.

LA INTERDISCIPLINA OPERATIVA

Ésta también se ha puesto de moda en tiempos posmodernos, pues opera sobre las prácticas sin preguntarse por los fundamentos. En ese sentido, viene a coincidir claramente con el espíritu desfundamentador de esta época. Sin embargo, preferimos la noción de “interdisciplina de baja intensidad” sólo para la referida en el acápite anterior, pues la referencia a la índole netamente *operativa* que ahora analizaremos basta para esclarecer su distancia en relación con una reflexión epistemológica suficientemente justificada.

Aludiremos, entonces, a un tipo de interdisciplina que es la que propone Gibbons en su manera canónica (1994): la ciencia pensada desde su contexto de aplicación, pensada desde el inicio al servicio de la resolución de problemas técnicos. En su caso es una forma de operar que se realiza acabadamente dentro de la empresa privada, que es la que suele encabezar la producción en relación con nuevas tecnologías, acorde a las necesidades que surgen de la competencia entre empresas en el mercado.

Hoy en día es común encontrar, sobre todo en el caso de gobiernos de tendencia de izquierda democrática, como los mayoritarios en Sudamérica hasta el año 2013,³ la búsqueda de una interdisciplina que podríamos definir, en términos del primer Habermas, más prácticos que técnicos. Se trata, en estos casos, de concebir desde el comienzo en relación con el contexto social de aplicación del conocimiento, ya no en términos de competencia tecnológica por el control del mercado, sino en cuanto a que el conocimiento sea útil a los sectores sociales populares, o —en algunos casos— que se haga apropiable por ellos.

Siguiendo la conocida distinción Bachelard/Bourdieu entre objeto real y objeto teórico (Bourdieu, 1975), diríamos que en estos casos estamos

³ Nos referimos a los gobiernos de países como Venezuela (presidente Maduro), Brasil (presidenta Rouseff), Argentina (presidenta Fernández de Kirchner), Ecuador (presidente Correa), Uruguay (presidente Mujica), Bolivia (presidente Evo Morales).

en el trabajo frente a un “objeto real”, eso que algunos han denominado un “objeto de transformación”. El conocimiento se define, en la investigación a realizar, como interdisciplinar a partir de su comienzo, si bien reconoce la configuración de disciplinas previas a partir de las cuales asumirá los insumos necesarios para su desarrollo.

Me parece decisivo señalar en estos casos, aun a veces a contrapelo de cómo se autoconciben quienes realizan este tipo de actividad de pesquisa, que estamos en una actividad de interdisciplinariedad que reconoce la existencia previa de las disciplinas para constituirse. Si bien Gibbons es poco claro al respecto, y por momentos pareciera que cree que se podría *iniciar desde cero* el conocimiento apelando a las condiciones de su contexto de aplicación, lo cierto es que nadie parte desde la nada cuando va a hacer una indagación. Y más aún cuando ésta es de orden netamente operativo, pues en este caso está claro que no hay una producción conceptual pura, sino que nos encontramos ante una *aplicación* de algo previamente existente.

Tal aplicación, por cierto, lo es de conocimientos anteriormente codificados en términos disciplinares. Ciertamente es que Gibbons imagina que ese conocimiento está tendiendo a desaparecer, como un superado “modo 1” de hacer ciencia, que estaría en proceso de tendencial inexistencia. Pero cierto es también que él imagina esa desaparición sin haberla constatado y sin que exista indicio alguno de que tal constatación fuera posible. El conocimiento aplicado no puede darse a sí mismo los conceptos a aplicar, excepto que se plantee como un conocimiento netamente teórico; pero la urgencia de los contextos aplicativos no deja espacio para teorías de base que, por otro lado, es bastante improbable que pudieran hacerse sin el contexto de un objeto definido, como “teorías sin disciplina”, cuyo deambular desterritorializado a menudo promete más una imposibilidad de conceptualización que un pensamiento de los límites y del encuentro de los confines.⁴

⁴ La alusión es al pretendido “nomadismo” de quienes pretenden escribir más allá de las disciplinas, habiéndose formado con/por éstas. Véase S. Castro-Gómez, (ed.) (1998); *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*, México, Porrúa.

UNA PSICOLOGÍA DE LA CIENCIA POLÍTICA, UNA CIENCIA POLÍTICA DE LA PSICOLOGÍA

Se nos ocurre, dentro de estos avatares de búsqueda sin brújula, que lo posmoderno ha puesto a buena parte de la teoría del conocimiento un tipo singular de interdisciplina que podría resultar muy interesante y que no vemos que hasta la fecha se haya desarrollado suficientemente.

Sería que cada disciplina asumiera a otras como objeto, al menos dentro del desarrollo de las ciencias sociales. Es decir, que pudiéramos tomar a una ciencia y ponerla a funcionar como *analizador* de las demás, como rasero ante el cual éstas pudieran ser puestas a consideración y a desmenzamiento conceptual.

Este entrecruzamiento podría dar lugar a la aparición de matices previamente impensados en cuanto a lo que puede aparecer en cada ciencia cuando es puesta en relación con criterios que le son externos, pero que sin duda vienen a cuento para dar razón de su existencia y sus modalidades.

Espero que no quepa confundir lo que estamos proponiendo con lo que ha sido la *sociología del conocimiento*. En este caso la sociología no tenía ida y vuelta (era analizadora de otras disciplinas, pero no analizada ella desde otras); y en verdad no había mezcla de ningún tipo, pues la disciplina “analizante” se mantenía por completo incólume como “ciencia previa” que estaba realizando una *aplicación* determinada.

Para avanzar con un caso, una psicología de/con la ciencia política podría ser sumamente motivadora. Poner en análisis qué tipo de sujeto puede ejercer un liderazgo decisionista o cuáles son las condiciones psicológicas que suelen dar lugar a alguien como sujeto inconformista, llevarían no a una —que sería lamentable— *reducción psicologista de lo político*, sino a la posibilidad de entrecruzamiento de fenómenos políticos con condiciones psíquicas de los actores (cuando no, por qué no realizarlo, de los *autores* de determinados textos).

Esto, en algún sentido, ya viene haciéndose. Los cruces entre teoría política y psicoanálisis son muy notables en teóricos como Laclau o Žižek, quienes han mostrado que se puede muy bien mantener el objeto de análisis de la teoría política con la apelación a una base conceptual proveniente de la psicología o —si se quiere excluir de ella al psicoanálisis— de la teoría freudo-lacaniana. El desarrollo acerca de las *cadena*s

equivalenciales de demandas en los populismos, es realizado por Laclau con base en nociones tomadas de Lacan y Derrida (Laclau, 2008). En Zizek, el análisis de la cultura contemporánea, incluso de algunas de sus manifestaciones, como los filmes de Hitchcock, se realiza también con base en tales insumos teóricos (Zizek, 1998).

Pero aquí nos interesa más una *psicología que dé cuenta de por qué hay estos desarrollos y no otros* en teoría política; una psicología que opere no como parte de los análisis de la ciencia política, como se da en los casos mencionados, sino que nos explique por qué la ciencia política tiene las configuraciones que tiene o por qué las tiene la filosofía política.

Así, por ejemplo, podría ayudar a entender cuestiones como las *afinidades electivas* que llevan a determinados sujetos a preferir las reglas a las decisiones, a otros a necesitar de autores *sublimes* con los cuales identificarse (aquellos que apelan a Benjamin, Hannah Arendt, etc.), o los que prefieren, en cambio, la habilitación directa y precisa para la práctica, o para el desarrollo académico que la oriente.

A la inversa: una ciencia política de o con la psicología, nos permitiría conocer cuáles fueron los condicionamientos empresariales, culturales y políticos para el surgimiento y desarrollo de las diversas escuelas de la psicología. Ello permitiría ayudar a comprender por qué países como Francia y Argentina han sido tan sensibles a la influencia psicoanalítica, mientras otros como México o Brasil lo han sido más a las tendencias recuperables por la tecnocracia, tales como el conductismo o el experimentalismo en general.

Este tipo de cruce interdisciplinar que estamos proponiendo entre disciplinas puede desestabilizar considerablemente los espacios bajo los cuales éstas suelen pensarse a sí mismas como consolidadas y claras. Nos permitiría concebir a las disciplinas desde aquello que es impensado por ellas, desde lugares que les son ajenos y bajo miradas que nunca (o al menos casi nunca) han sido previamente ensayadas.

Esta posibilidad encaja con los criterios de la época posmoderna: de apelar a visiones inesperadas y modalidades inéditas. Y propone un cruce que, en la medida en que se empieza a establecer, va a promover una modalidad entrecruzada de control interteórico entre las disciplinas diversas. Al margen de las competencias que inevitablemente se darían por el prestigio y el análisis mutuo, lo cierto es que podríamos pensar de maneras

nuevas lo que es la sociología, la antropología, la teoría de la educación, la teoría de la comunicación.

Todas las disciplinas cruzadas con las demás en el análisis mutuo de las ciencias sociales darían muy singulares resultados. Por cierto que parte de esto puede aplicarse a las ciencias fisiconaturales, pues también hay en ellas actores analizables desde lo cultural, lo político o lo psíquico. También puede haber una antropología de la física o de las matemáticas.

No es tan evidente que pueda haber una matemática de la antropología, pero sí cabría un análisis del uso (o falta de uso) que en esa disciplina social se hace de bases e insumos matemáticos. No podría generalizarse esto a la química, por ejemplo, si bien sería interesante ver qué se dice desde la química de los análisis psicológicos que prescinden de toda referencia biológica concreta, caso del psicoanálisis. Con esto quiero decir que quizá quepan también cruces desde las ciencias fisiconaturales hacia las sociales, al menos para analizar desde las primeras si las modalidades de inferencia de las sociales les parecen suficientemente fundadas y claras.

En estos casos, entonces, no estamos con híbridos, sino con una ciencia que toma otra como objeto; para hacerlo de modo suficientemente aprehensible, en la mayoría de los casos deberá concretar a reuniones con los representantes y actores de la disciplina estudiada. Por eso hemos propuesto hacer, por ejemplo, psicología “de y con” la ciencia política. De tal manera se daría un cruce relevante entre disciplinas, una mirada nueva entre ellas, una segura polémica sobre el *status* relativo de cada una vista bajo la égida de las demás, y un fuerte enriquecimiento del acervo de autoanálisis que cada ciencia puede realizar cuando empieza a verse desde lugares ajenos e impensados.

Por supuesto que en cada disciplina existen teorías diversificadas. Ante los dilemas metodológicos que ello conlleva, para configurar el grupo de investigación, se pueden tomar dos caminos diversos: 1. elegir a una persona formada en la disciplina del caso, que responda a la teoría que más se acerque a haber investigado el tipo de temas que vamos a tratar (por ejemplo, si se trata de trabajar sobre la elección de autores de lo “sublime” en teoría política, desde lo psicológico podría convenir un psicoanalista, a partir de la teoría de la sublimación); el resto del grupo disciplinar debiera pertenecer a la misma línea —equipo de trabajo de ese investigador— y luego se completaría con los miembros del equipo que respondan (en análogos términos) desde la otra disciplina implicada; 2. formar grupos

de investigación amplios, donde participen personas de diferentes líneas teóricas dentro de cada disciplina implicada, y que a partir de reuniones generales donde se delimiten y estipulen los campos de problemática para trabajar la investigación propiamente dicha, se realice independientemente por los miembros de cada una de las líneas teóricas existentes. Luego de cierto nivel de avance, siempre serían necesarias las reuniones generales, donde podrían exponerse los desarrollos logrados y mostrarse sus convergencias mutuas, así como sus posibles y parciales disidencias.

Retomando el curso central de nuestra reflexión, asumimos que la interdisciplina en tiempos posmodernos está, entonces, todavía con fuertes desafíos por enfrentar. Sin dudas, la superación de la rigidez de los tiempos modernos puede entenderse positivamente, si se la asume no como un llamado al aflojamiento epistémico y la falta de exigencia conceptual y metodológica, sino como convocatoria a la experimentación sutil,⁵ y a la proliferación de puntos de vista en cuanto a la constitución de la mirada desde la cual se establece el análisis.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, T. (2004); *La metacrítica de la teoría del conocimiento*. Madrid: Akal.
 —————, (2004); *Minima moralia*. Madrid: Akal.
- ALTHUSSER, L. (1974); *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Buenos Aires: Fichas Nueva Visión
- ANDERSON, P. (1981); *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. México: Siglo XXI.
- APOSTEL, L. et al. (1975); *Interdisciplinariedad*. México: ANUIES.
- BACHELARD, G. (1978); *La formación del espíritu científico*. México: Siglo XXI.
 —————, (1980); *El compromiso racionalista*. México: Siglo XXI.
 —————, (1989); *Epistemología*. España: Anagrama.
- BERNAL, J. (1990); *La ciencia en la historia*. México: Nueva Imagen.
- BOURDIEU, P. (1975); et al., *El oficio de sociólogo*. Buenos Aires: Siglo XXI
 —————, (1990); *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
 —————, (2008); *Cuestiones de Sociología*. España: Akal.

⁵ Cuando nos referimos a “experimentación sutil” no lo estamos haciendo a realización sutil del método experimental, sino a acciones de experimentación epistémica como las que hemos sugerido en nuestro último acápite, por ejemplo, hacer una sociología de y con la antropología y viceversa.

- CASTRO-GÓMEZ, S. (ed.) (1998); *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. México: Porrúa.
- CHALMERS, A. (1988); *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- DERRIDA, J. (1974); *Dos ensayos*. Barcelona: Anagrama.
- , (1977); *El concepto de verdad en Lacan*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- , (1978); *De la gramatología*. México: Siglo XXI.
- De SOUSA SANTOS, B. (1996); *Introducción a una ciencia posmoderna*. Caracas: CIPOST-UCV.
- FOLLARI, R. (1982); *Interdisciplinarietà (los avatares de la ideología)*. México: UAM-Azcapotzalco.
- , (1990); *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina*. Buenos Aires: Aique/Rei/IDEAS.
- , (2002); *Teorías débiles (para una crítica de la reconstrucción y de los estudios culturales)*. Rosario: Homo Sapiens.
- FUNTOWICS, S. et al. (1993); *Ciencia con la gente*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- GANDARILLA S., J. (2012); *Asedios a la totalidad*. Barcelona: Anthropos/UNAM.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1990); *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- , (1995); *Consumidores y ciudadanos*. México: Grijalbo.
- GARCÍA, R. (2006); *Sistemas complejos (concepto, método y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinaria)*. Barcelona; Gedisa.
- GIBBONS, M. (coord.) (1994); *La nueva producción del conocimiento*. Barcelona: Pomares/Corredor.
- HABERMAS, J. (1982); *Conocimiento e interés*. Madrid: Taurus.
- , (1989); *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid: Taurus.
- , (1990); *Pensamiento pos-metafísico*. Madrid: Taurus.
- , (2007); *Ciencia y técnica como ideología*. Madrid: Tecnos.
- HORKHEIMER, M. (1979); *Crítica de la razón instrumental*. Buenos Aires: Editora Nacional.
- JAMESON, F. (1991); *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Paidós.
- , (1999); *El giro cultural*. Buenos Aires: Manantial.
- , (2012); *El posmodernismo revisado*. Madrid: Abada.
- KOYRÉ, A. (1994); *Pensar la ciencia*. Barcelona: Paidós/UAB.
- KUHN, T. (1980); *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE.

- KUHN, T. (1989); *¿Qué son las revoluciones científicas? y otros ensayos*. Barcelona: Paidós/ICE/UAB.
- LACAN, J. (1978); *Escritos I*. México: Siglo XXI.
- LACLAU, E. (1978); *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo*. México: Siglo XXI.
- , (2005); *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- , (2008); *Debates y combates*. Buenos Aires: FCE.
- LEFF, E. (1994); *Ecología y capital*. México: Siglo XXI.
- LUKÁCS, G. (1970); *Historia y conciencia de clase*. Barcelona: Grijalbo.
- , (1974); *Lenin*. Barcelona: Grijalbo.
- MAGEE, B. (1974); *Popper*. Barcelona: Grijalbo.
- MARCUSE, H. (1970); *El fin de la utopía*. México: Siglo XXI.
- , (1972); *Razón y revolución. Hegel y el surgimiento de la teoría social*. Madrid: Alianza.
- , (1985); *El hombre unidimensional*. Barcelona: Planeta/Agostini.
- , (1986); *Ensayos sobre política y cultura*. Barcelona: Planeta/Agostini.
- NAJMANOVICH, D. (2005); “Estética del pensamiento complejo”, *Revista Andamios*, núm. 2, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, junio de 2005.
- VV.AA. (2013); *Interdisciplina*, *Revista del CEIICH*. México: UNAM, núm. 1, 2013.
- WALLERSTEIN, I. (1999); *Pensar las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.
- , (2007); *Universalismo europeo. El discurso del poder*. Madrid: Siglo XXI.
- WEBER, M. (1998); *Ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Albor.
- , (1985); *El político y el científico*. México: Premiá.
- ZIZEK, S. (1992); *El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo XXI.
- , (1998); *Porque no saben lo que hacen. El goce como factor político*. Buenos Aires: Paidós.
- , (2001); *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*. Buenos Aires: Paidós.